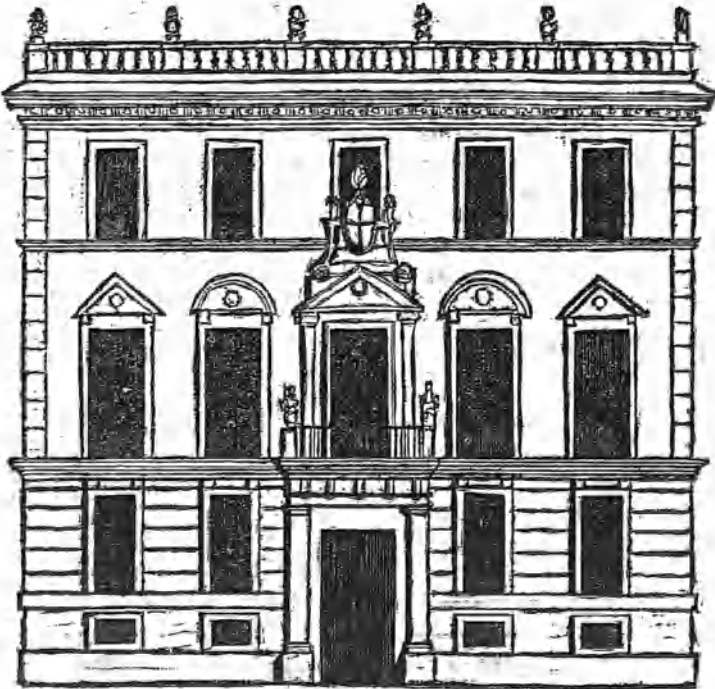


BELLAS ARTES.



(Fachada de la casa de D. Mariano Fontes en Murcia.)

ARQUITECTURA.



CUANDO vemos la elegancia y buen gusto con que se construyen actualmente las fachadas de las casas en esta corte, llegamos á persuadirnos de que ese gusto sencillo y elegante que en ellas reina, cuenta su fecha en la época presente, y que solo se limita á la villa de Madrid. Con efecto, vemos generalizado en su centro ese buen gusto que poco á poco vá transformando lo material de su poblacion, en otra muy diferente de la que á la vista se presentaba hace veinte años. Sin embargo no es de este siglo la fecha de ese buen gusto, ni Madrid el único pueblo que pueda jactarse de haberle puesto en práctica. En prueba de ello hablaremos hoy de la fachada de una casa bastante notable de la ciudad de Murcia.

Entre los edificios que llaman en ella la atencion, aunque en la clase de los particulares, pero que manifiesta la tendencia á desterrar el churriguerismo que se observa en todas las construcciones de los últimos años del siglo próximo pasado, lo es la fachada de la casa que en la calle de Capuchinas posee el Sr. D. Mariano Fontes, hacendado en dicha ciudad.

Segunda serie.—TOMO II.

Esta fachada construida en 1796 por el profesor Don Pedro Gilabert consta en todo su plano vertical de tres cuerpos arquitectónicos que abrazando toda su latitud de noventa y seis palmos, componen la altura total de ochenta y siete hasta la balaustrada que la remata. El primero que se eleva sobre el piso de tierra á la altura de treinta palmos, y comprende las caballerizas y entresuelos, es almohadillado, construido de piedra franca sobre un zócalo de jaspe negro de cinco palmos; sus huecos correspondientes á las caballerizas son ventanas con la proporcion de seis palmos de ancho por cuatro de alto adornadas de marcos lisos; y los de los entresuelos balcones de seis palmos de latitud por catorce de altura enriquecidos de repisas, jambas, dinteles, mensulas y guardapolvos, que sostenidos por las últimas forman línea con la imposta que lo corona en toda su longitud, sirviendo de repisas á los balcones del piso principal. En su centro se halla interrumpido este cuerpo por otro dórico con pilastras estriadas adornadas de baquetas y cornisamento correspondiente, y en él se halla colocada la puerta, recibiendo la holada de su cornisa el balcon del

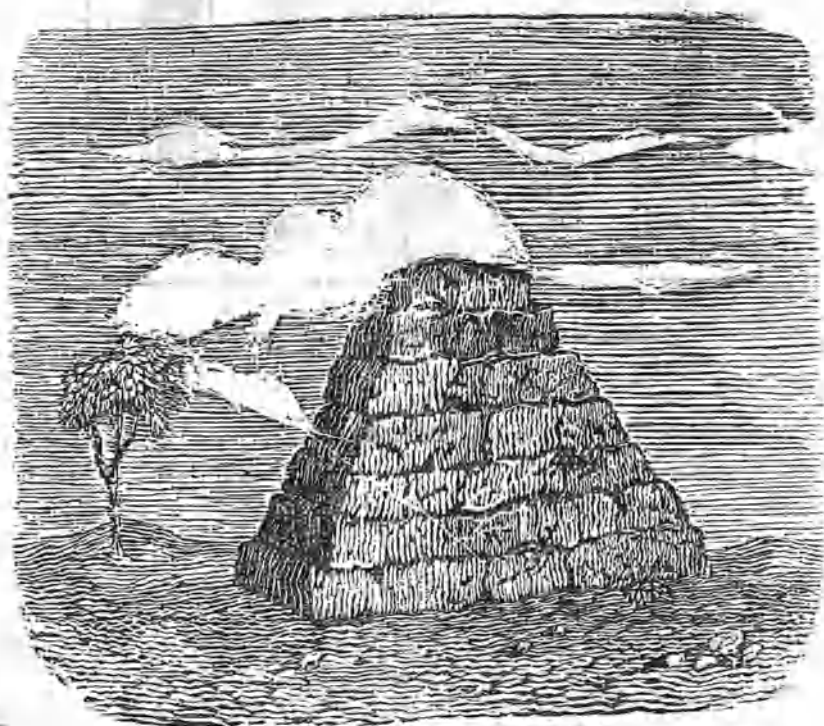
27 de diciembre de 1849.

centro del piso principal. Este forma el segundo cuerpo, elevándose sobre la espresada imposta á la altura de trece y un palmos: su fábrica es de ladrillo á llaga descubierta, fortificando los ángulos un almohadillado de piedra franca: sus huecos que tienen la proporción de ocho palmos de ancho por diez y ocho de alto están enriquecidos de jambas, dinteles, frisos y frontones triangulares y circulares alternadamente todo ello de la espresada piedra. Hállase también este cuerpo interrumpido en su centro y en correspondencia del dórico inferior por otro jónico que sirve de ornato al balcón con pilastras estriadas sobre las que carga un fronton triangular de mayores dimensiones que los demas y una especie de acroterio que cortando la imposta que corona este cuerpo, se eleva hasta casi la mitad del último, y en él está colocado un escudo de armas. El tercero y último cuerpo se eleva á la altura de diez y nueve palmos, incluyendo la hermosa cornisa que corona toda la fachada. Su fábrica es igual á la del cuerpo anterior, y sus huecos balcones de seis palmos de ancho por trece de alto adornados igualmente que todos los demas de jambas y dinteles de piedra franca, de la que también es la cornisa de cinco palmos de altura enriquecida de una serie de mensulas gracioso-

samente distribuidas, y sobre toda ella corre un sobabanco que recibe la balaustrada de hierro de siete palmos de altura interrumpida á trechos y en correspondencia con los macizos de pilastres sobre los que descansan jarrones de esmerado gusto.

En todas las repisas, jambas, dinteles, mensulas, frisos, sofitos, timpanos y molduras se hallan distribuidos y diestramente tallados multitud de óvalos, festones, florones, hojas, grecas, y objetos alegóricos de esquivo gusto, causando un golpe de vista sorprendente al que ayudan en gran manera los dos cuerpos dórico y jónico que interrumpen el cuerpo inferior y principal, pues aunque el jónico no se conforma en el todo con las reglas de buen gusto establecidas en el dia, sin embargo se erba de ver que el autor del pensamiento, no creyendo oportuno colocar un resalto en una estension donde no hubiera hecho el mejor efecto, y queriendo por otra parte no perder de vista el carácter suntuoso que le correspondía por su calidad, no halló otro medio de evitar la monotonía que hubiera resultado de no distinguir su centro. Por lo demas se observa una buena proporción y entendida distribución en sus miembros principales.

ESTUDIOS ARQUEOLOGICOS.



LAS PIRAMIDES DRUIDICAS

De la villa de Campos en la isla de Mallorca.

«Ya no existe, naciones poderosas;
«Vuestra gloria osada,
«Los Atreos y Abaltesos van muertos
«Mentor son ya de tratadas piedras
«Memorias de do'er! Allí apacencia
«Su ganado el zagal.»

(MUSCATA.)

Ellos no tan solo pregosan esta verdad, sino que nos dan una idea de los conocimientos que tuvieron los primitivos baleares en la geometría y la mecánica; nos manifiestan el influjo extraordinario de sus autores los Druidas, y nos hacen admirar la conservación de tan estapendosos vestigios después del largo transcurso que ha mediado desde que se levantaron, resistiendo los golpes de la ignorancia que por desgracia siempre han recibido en esta isla las preciosas reliquias de nuestra antigüedad.

May distantes estamos de creer la población de gigantes en Mallorca como lo aseguran el falso Beroso y el crédulo Bionelia, adulterando con estas fabulas nuestras historias: pero no nos cabe la menor duda de que los



Estos antiguos monumentos respetados por la transmisión de veinte y ocho siglos, pueden mirarse como una prueba incontrovertible del colosal poder de los antiguos insulares.

autores de las pirámides del argumento eran hombres de una pujanza y valor extraordinario, pues á no ser así ¿cómo habrían podido levantarlas, sobrepujando unas piedras de trescientos quintales á otras de correspondiente magnitud? Verdaderamente causa admiración al espectador inteligente la vista de los altos obeliscos, de una circunferencia de mas de 500 palmos, que con el nombre de *alayas*, *castells de moros* y *clapers de gegans*, existen en varios puntos de la isla y en particular en los predios *son Blanch*, *el Figueral*, *Alqueria fosca*, *son Casmet*, *son Covas*, *la Canova*, *son Collar*, *Sitjolas*, *Camp raig*, *Vínola* y *Ban'eras* del distrito de Campos. Admirábase en ellos su conservación desde una antigüedad remotísima, su construcción de unas piezas tan enormes, y lo que es mas, el haberse transportado estas desde algunas leguas de distancia, pues tenemos observado que las pirámides en cuestion se fabricaban de canteras que no las había en sus cercanías.

Pero ¿en qué tiempo se elevaron estos monumentos, quién los levantó y qué uso se hizo de ellos? Aunque sabemos que Jacob y otros patriarcas los erigieron iguales, ignoramos cuál fué el objeto que tuvieron para ello, pues no lo dice el erudito Flores á quien debemos esta noticia.

Nuestra cronista D. Juan Davieta en el lib. 1.º página 52 de su historia, hablando de estos vestigios dice que algunos escritores los creen *lucillos* de tiempo inmemorable. D. José Vargas Ponce se contenta en dar noticia de ellos, y lo propio hace D. Ventura Serra en una *Disertacion* sobre las antigüedades de Mallorca dirigida al señor Pingaron. Mr. Laureau en su *Histoire de France avant Clovis*, t. I.º, pág. 119 hablando de los que existen en la Bélgica dice: «Le pays des Belges, celui des celtes surtout offrent des restes, et des restes de pyramides, dont la base est existante.» Los autores de la *Enciclopedia británica* en el tomo VI, pág. 49, les dan el nombre de *Cairns* y dicen lo que sigue: «Various causes have been assigned by the learned for these heaps of stones... Cairns are of different sizes some of them very large. Mr. Pernard describes one in the isle of Aran 14 feet over, and of a vast height... Cairns are to be found in all parts of our Islands, in Cornwall, in VVailles, and all parts of North Britain; they were in use among the northern Nations.» Estos y otros escritores extranjeros, y el autor de la obra *Eng'and illustrated* tomo V, pág. 20, atribuyen estas magnificas construcciones á los Drúidas que eran los filósofos y sacerdotes de los celtas, pasaban por los geómetras mas célebres del orbe, y consagraban sus tareas á instruir la juventud en la ciencia de los astros, en la fisiología y en los preceptos de una buena moral. Diógenes Laercio compara á los Drúidas con los sabios de Caldea, con los filósofos de Grecia, con los magos de Persia y con los *gimnosofistas* de la India, y Amiemo Marcelino los hace iguales á los *cabages* y *saronides*.

Entre los edificios drúidos que existen en Mallorca, los hay orbiculares, elípticos y triangulares; algunos contruidos á plomo, otros á pie de muralla; unos con puerta, otros sin ella, y en los contornos de muchos se ven cuevas artificiales como en las de la *Alqueria fosca* y del predio *Baulenas*. Los hay tambien idénticos al diseño que trae el *Magasin pittoresque* tom. I.º, pág. 72, art. *Pierres celtiques*, entre los cuales merecen la observación del anticuario instruido los que se hallan en el distrito de *son Costa* de la villa de Montuiri, y en *Luchanar* del término de S. Lorenzo.

Es muy sensible que en estos edificios no se hayan encontrado algunos geroglíficos ó inscripciones, que son tan comunes en los restos del templo de Dandera, segun

el autor de *L'origine des loix, des sciences, et des arts* tomo V, pág. 125, para sacarnos de la duda en que nos encontramos de si fueron contruidos antes del tiempo en que Cadmo, hijo de Agenor, bajó de Fenicia á la Grecia, ó si lo fueron en el reinado de Julio César y de Augusto, en que aun se construian, como lo atestiguan Diócloro de Sicilia en el tomo II, lib. 5, pág. 217. Pero á falta de estas ilustraciones, que bien podian haberlas dejado en griego, si se levantaron los edificios despues de la venida de Cadmo, en cuya época ya conocian los celtas el alfabeto que este les trajo, como lo afirma Bastus citando á César; tenemos en abono de que los monumentos del argumento datan desde los Drúidas, lo que dice el autor de la obra intitulada *Nouveau recueil de voyages au Nord*, tomo I.º, pág. 285, á saber: «que los Drúidas levantaron pirámides de piedras duras, muy gruesas y sin liga ni cemento alguno.» Esta misma circunstancia, confirmada por Diócloro en el lugar citado, la observará el arqueólogo en los monumentos que hay en Mallorca iguales á los de que hablamos; y por consiguiente no tan solo debemos considerarlos obra de los celtas y de sus filósofos, á cuyo cargo corria la construcción de estos edificios segun la *Enciclopedia Británica*, t. VI, pág. 135, sino erigidos en la misma época que los de Francia, Bélgica, islas Británicas y demas países de Europa. Pero ¿en qué tiempo ocuparon los celtas esta isla? ¿de qué modo manejan las entenas piedras que constituyen sus pirámides? ¿Qué uso hacian de estas? El Sr. Masden tomo I, pág. 121, citando otros autores, afirma que los celtas, descendientes de Celto hijo de Polifemo, molestados en las provincias de los iberos, y despues de haber dado nombre á la parte de España que por el lado oriental del monte Idubeda se estiende hasta el Ebro, pasaron á los Pirineos para cambiar de terreno mil años antes de la era cristiana. D. Luis José Velazquez en sus *Anales de España*, pág. 78, y Salino in *Polyhistoria*, cap. XXVI, aseguran que los Bleseres pertenecieron al reino de *Bocchoris* hasta la destrucción de los *Frigios* que aconteció noventa y seis años despues de la huida de los Celtas de España, añadiendo que *Bocchoris* fue sucesor de *Báteo*, y que este, acompañado de egipcios, de celtas, y de su amigo Hércules Ticio, cincuenta años antes de la desolación de Troya, entró en nuestras islas y se apoderó de ellas. En esta época se fabricarian seguramente estas obras tan sólidas y estopendas, y sus constructores estarian sin duda instruidos en el arte tan difícil de sacar las piedras del seno de la tierra; del modo de cortarlas, y del de emplearlas en la fábrica de los edificios; del industrioso Cadmo, hijo de Agenor rey de Fenicia, que fue quien lo introdujo entre los celtas segun *L'origine des loix, des sciences, et des arts*, tome III, lib. II, chap. III, pág. 386.

Fáltanos ahora indagar el uso que hicieron los Drúidas de las pirámides en cuestion. Esta materia seguramente es para nosotros de mayor peso, porque solo nos dicen los escritores y en particular el Sr. Bastus, que los Drúidas vivian en medio de los bosques por su gran veneración al omérpago de las encinas, y que allí daban sus lecciones á la juventud procurando instruirlos en las leyes de los galos, que son las mismas que tratan Strabon, Tácito y César. Ningun género de duda nos cabe en creer que los obeliscos de que hablamos eran la única habitación de sus constructores los Drúidas ó sacerdotes celtas, pues en sus alrededores no se descubre el menor vestigio de población antigua, y muchos de ellos permanecen aun en medio de selvas y campos que desde que se destruyeron no han sido reducidos á cultivo. Por lo que respecta á los monumentos de esta clase que no tienen

puerta por ser rellenos, convenimos con Sículo, tomo II, libro 5, pág. 217 de su *Historia universal comentada por Tarrason*, en que los baleares acostumbraban levantarlos sobre los enterramientos; lo que se comprueba con la multitud de urnas sepulcrales que en distintas épocas se han encontrado al demoler algunos de estos edificios.

Estas son las observaciones que hemos hecho sobre el origen de unos monumentos que á no ser por su invencible robustez hubieran seguramente desaparecido, como el famoso acueducto de Ternéllas, el anfiteatro de Alcañiz, el desgraciado mosaico de Sta. María, y otros muchos vestigios de épocas remotísimas, que no habiendo tenido valor para resistir la cruel guerra contra la ignorancia mallorquina, enemiga implacable de tan respetables memorias, han caído exánimes bajo el yugo de su horrible adversario. *¡Pudet hæc opprobria dici et non possunt refelli!*

JOAQUIN MARIA BOVER.

EL CABALLERO NEGRO.

Novela histórica.

I.

DON JUAN EL TUERTO.



OVEN pero valiente y generoso era el hijo de D. Fernando el Emplazado cuando empuñó las riendas del gobierno. Jamás destruían sus esperanzas los reveses, antes le alentaban, temiendo en mas vencer los mayores obstáculos en pró de sus pueblos, que discutir regalados festines. No por esto era menos aficionado á la diversion y al lujo, antes bien participaba de los regocijos públicos ataviándose con ricos vestidos salpicados de perlas y oro, que realzaban muy mas su noble porte y graciosas maneras. Cuando la guerra contra los moros no le apuraba, sentíase inflamado de ardiente deseo de manifestar la fuerza de su brazo; volaba á los torneos cubierto de lucidas armas, y mas de una vez hizo besar la arena á esforzados paladines.

Entre los grandes señores que contribuyeron á las revueltas intestinas, que trastornaron el reino durante la menor edad de Alfonso XI, eran los mas temibles y principales D. Juan Manuel, señor de Villena y padre de la reina doña Constanza, y el famoso infante D. Juan el Tuerto. La arrogancia y menosprecio con que este último trataba aun á los nobles de mayor gerarquia, le habian constituido en una especie de tirano aborrecido de todos, pero á quien todos temían por su desmesurado poder, pues como deudo de Alfonso obtenia parte de su privanza, y la Vizcaya le reconocia por señor. Tiempo habia que su corazon abrigaba odio mortal contra el rey, y su altivo y turbulento genio solo esperaba propicia coyuntura de arrojar abiertamente la máscara de lealtad con que se cubria introduciéndose entretanto con maña en la confianza de D. Juan Manuel, quien miraba la amistad del infante como un recurso no despreciable para llegar á mandar todo.

Los ocultos manejos de estos cortesanos no se escapaban á la penetrante sagacidad del rey, quien justamente desconfiado del infante, empezaba á negarle su confianza, aunque sin desecharle de su lado, pues temia darle ocasion para tramar nuevos disturbios, cuando tan necesaria le era la paz interior, á fin de volver todas sus fuerzas contra los moriscos de Andalucía.

Hallábase la corte en Valladolid, y mientras Alfonso recibia en el régio salon de palacio los homenajes que le prodigaba la nobleza, paseábase D. Juan Manuel con ceñido rostro por la galería inmediata, á cuyo remate habia una ancha escalera de piedra, que conducia á las habitaciones inferiores. No tardó en aparecer en lo alto de la escalera el señor de Vizcaya, el cual, viendo á su amigo tan amostazado, le dijo:

— ¿Qué nuevo cuidado os aqueja, señor de Villena?

— « Ahí es nada, contestó este en voz baja » ¿Qué hemos de hacer ahora? ¿Iguoráis que el rey vá á marchar ahora mismo?

— « ¡Diablo! ¿Qué me decis? ¿Y adónde vá?

— « A Vitoria con toda la corte.

— « ¿Y eso os contrista? En Vitoria harémos lo que teníamos concertado para Valladolid.

— « Es que tengo orden de salir hoy mismo para la frontera de Andalucía.

— « ¡ Por el ojo que me falta! No parece sino que el rey adivina nuestros intentos.

— « Es preciso alzarlos.

— « ¡ Alzarlos! Fácil es decirlo; ¿Y el cómo?

— « Retirándonos á Villena.

— « ¿Y si el rey os prendiese dentro de Villena, y os mandase degollar como vasallo rebelde? ¿Qué me diriais cuando os llevasen por las calles maniatado entre lucida comparsa de guardias escuchando las santas amonestaciones del compasivo misionero? ¿Y qué luego al divisar un encumbrado patíbulo, y encima descamisado jeyan preparando los mohosos filos del hacha para dividir con ellos...

— « Alto ahí, señor infante, que no he sobido tan alto, que pueda sufrir tan desatinados pronósticos: cuenta que no os alcancen á vos mismo.

— « Ella es cosa que tarde ó temprano deben esperar los que, como nosotros, andan revolviendo conspiraciones.

— « Yo creo que en Toledo estaremos seguros.

— « Y yo os digo que en Toledo tendréis el mismo desastrado fin que en Villena.

— « Al demonio con tus vaticinios. ¿Adónde irémos pues?

— « A Aragon.

— « Entiendo, entiendo. Almazan cae en la raya de ese reino.

— « Y es parage seguro para urdir atrevidas empresas.

— « Ya, ya. Mientras el guerrero afile allí la punta de la lanza, no faltará alguna celestial doncella...

— « Rica sobre todo, señor de Villena.

— « Que haga menos triste la soledad de aquellos bosques...

— « Encantadores, si á las posesiones de Almazan, se añaden las de Alcocer.

— « Mala sierpe os envenene el corazon; sois un hombre impenetrable, dijo el señor de Villena retirándose.

— « Ayúdame tú á conseguir la mano de la hermosa heredera de Almazan, que despues ya nos veremos, murmuró el infante cuando D. Juan Manuel bajaba la escalera.

Un confuso ruido que provenia de los aposentos interiores llamó su atencion, y á poco rato se presentó en la galería el rey seguido de una brillante comitiva de grandes. Llegado que hubo á poca distancia del infante,

este se adelantó, y le pidió la mano para besársela; mas el rey le preguntó:

— «Don Juan; me seguiréis á Vitoria?»

— «Señor, sí; á Vitoria y á todas partes, respondió turbado.

— «Basta, añadió el rey: alzad del suelo, y á cabalgar todos. Seréis mi amigo, infante, cuando me probeis el dardo que conmigo tenéis.

Dicho esto bajaron; y pocos minutos despues salió toda la corte de la ciudad.

II.

EL PASO DEL ZADORRA.

No lejos del camino real que conduce de Vitoria á Salinas, y en el sitio en que una doble hilera de encinas disputaba en otro tiempo al sol el paso entre sus ramas, se espeda un guerrero, y entregaba el corcel á su criado. Tenia calada la visera de un casco de acero empayonado de negro, y eran del mismo color todas sus armas: un enlutado crespon cubria el mote del triangular escudo, y ondeaban sobre la cimera de su yelmo plumas largas y negras.

El talante de este campeón espresaba la fogosa intrepidez de su corazón, así como las inquietas miradas que lanzaba al través de las barras de la visera hacia el inmediato y prolongado puente de piedra indicaban el noble deseo de acometer arriesgadas proezas, ó llevar á feliz término comenzadas aventuras.

Era uno de aquellos días en que deseando el rey Don Alfonso de Castilla hacer alarde de los caballeros que le seguian en los combates, recorría los campos de Arriaga. Con él estaba la flor de los caballeros de Vitoria y Treviño, ataviados todos con la rica banda carmesí que el rey les habia concedido en premio de sus hazañas contra los infieles, siendo los primeros D. Gonzalo de Mendoza, cubierto con una cota cuyos perfiles eran de oro, el intrépido Mendibil, oprimiendo el mismo caballo que en las orillas del Guadalhorca sostenia la pujanza del sarraceno Ozmin, y el invencible D. Lope de Vendoña, cuyo esudo con el mote *siempre reto al mas fuerte*, daba á entender su noble brío. La cortesana amabilidad del príncipe entusiasmaba á estos animosos aventureros, y mucho mas la prueba de confianza que les daba, poniéndose en sus manos, cuando todo el reino estaba trastornado por las intrigas de los nobles. Pero Alfonso conocia cuanto era amado de los nobles, cuyos servicios habia premiado con la *Orden de la Banda*, y sabia que fieles en la guerra que le suscité su esforzado competidor el rey de Aragon, siempre se opusieron á la entrada de este en el territorio de las Castillas. ¿Ni cómo el hidalgo pecho del que mas adelante eternizó su memoria en las riberas del *Salador* pudiera temer traicion de los mismos que acababan de elegirle por Señor?

Lleno de las grandes esperanzas que su narazon presagiaba ya para su glorioso reinado, se dirigió al puente del Zadorra, cuyas aguas bañan una de las campiñas mas deliciosas y pintorescas que puede soñar la imaginacion; y enagenado con los difíciles proyectos que pronto debia poner por obra, no reparó que varias caballeros que iban delante como á la descubierta, habian detenido sus corceles á la entrada del puente. D. Lope de Vendoña se acercó á él, y le hizo separar en el caballero de la negra armadura.

— «No os inquieteis por mí, respondió Alfonso; será algun mensajero que me trae nuevas de la reina.

En esto el agudo sonido de trompeta guerrera hirió los oidos de los nobles, que inmediatamente picaron los caballos llevando á su cabeza al rey. Cuando llegó este al puente, dijéronle los descubridores:

— «Señor; pasaremos?»

— «¿Quién lo estorba? replicó Alfonso impaciente.

— «Mi lanza, gritó el caballero negro.

— «¿Tu lanza!... Débil barrera contra mi brazo. ¿Cuántos moriscos ha derribado tu lanza?»

— «La empuña un noble, y Dios y mi dama la protegen.

— «El sol te es contrario. Si realmente eres caballero, y no un foragido disfrazado, llégate á mi campo, y dos reyes de armas nos partirán el terreno.

— «Despues de vencerte; ahora te cedo esa ventaja.

— «¿Qué harás de mí, si me vencieres, arrogante campeón?»

— «Si quedas herido, y eres quien yo me figuro, te daré el golpe de gracia, introduciéndote la *misericordia* hasta el corazón; despues... arrojaré tus despojos al Zadorra.

Todos los guerreros rodearon á Alfonso, cuyos ojos brillaron de placer al oír las razones del enlutado, y viendo que el de Vendoña se preparaba á castigar su arrogancia, mandóle imperiosamente se mantuviese quieto, y haciendo sentir la espuela á su brido, calóse la visera del reluciente yelmo, abrazó la rodela, requirió la lanza, y partió al galope.

Partió tambien á su encuentro el desconocido; y ya llegaban con furioso ímpetu el uno con el otro, iban ya á hacerse pedazos en tan terrible choque, cuando de repente el caballo del caballero negro se desvió de la direccion que llevaba, hizo á un lado, y exclamó su dueño afianzándose sobre los estribos:

— «¿Cómo, Señor!... ¿Sois el maestre de la Banda!... Caballeros, ha sido un error. Yo me confieso vencido.

— «Abajo la lanza, infame, le gritó Alfonso despues de detener á su caballo: quien no sabe sostenerla, no es ni puede ser caballero.

— «Señor, respondió el negro, soy noble, mas que todos vuestros nobles y tanto como vos.

— «Aquí D. Juan, aquí Señor de Vizcaya, gritó mas alto el irritado monarca. ¿Qué castigo merece este coharde?»

— «¿Cobarde!... Vive Dios, rey de Castilla, que hombres de mi pró no sufren tales demasias.

— «¿Qué castigo merece? volvió á preguntar el rey.

— «Un misionero y un verdugo, contestó D. Juan.

— «Y dígame yo, D. Tuerto, D. Villano y D. Traidor, que tú eres el infame que yo ando buscando. Sed testigo, poderoso rey de Castilla, y vosotros valientes caballeros, de que yo, conocido con el nombre de *el Caballero negro*, acuso al infante D. Juan de traidor é instigador de maldades; y en prueba de lo dicho le desfilo á lanza y espada, á pié ó á caballo, y á todo trance. Levantad mi manopla, D. Juan. Rey de Castilla, ved una señal de mi nobleza.»

Acercóse diciendo esto á Alfonso, y le mostró un pergamino.

— «Como!... ¿Vos aquí! exclamó este admirado.

— «De lejanas tierras vengo buscando á V. A. para defenderle contra sus enemigos.

— «¿Dónde está vuestro padre?»

— «Ha renunciado todos sus derechos en favor de V. A.

— «Don Juan, continuó el rey dirigiéndose al infante, podeis alzar esa prenda: este guerrero es noble.

— «Que lo pruebe primero, repuso el infante.

— «¿Soy noble yo D. Juan? le preguntó Alfonso con vozatronadora.

— «Señor, sí, el primero de los nobles de las dos Castillas.

— « Pues entonces dígolo yo, y basta.
— « Y basta, repitieron á una todos los caballeros. »
Don Juan el Tuerto recogió el guante á su pesar: el rey llevando á su lado al de las negras armas, y seguido de los demás guerreros, volvió á entrar en la ciudad.

III.

LA PROPOSICION.

Elévanse hácia las montañas de Aragón, no lejos de la famosa sierra de Albarraçin, las arruinadas torres de un antiguo castillo, cuyas respetables ruinas sirven de guarida á los innumerables lobos que buscan en ellas un sitio cuando el nebuloso Moncayo arroja sobre los bosques sus violentas tempestades. No siempre estuvieron condenados al silencio los anchos patios de aquel castillo, y en la época de los sucesos que vamos refiriendo ostentaba tal magnificencia y solidez, que con razon tenía derecho á esperar mas larga duracion. En uno de sus espasmos pasaba largos dias y tristes noches la bellísima Blanca, hija del infante D. Pedro, que murió sofocado en un dia de refringo delante de los muros de Granada. Acompañábala su madre Doña María, y en vano procuraba esta disipar con sus caricias las sombrías nubes que oscurecian el corazón de la doncella, la cual, víctima de una pasión, complaciase en recorrer los mas apartados sitios de la fortaleza, dando así pábulo al desasosiego que la consumia, producido por la ausencia del enlutado aventurero, que pocos dias antes se partiera camino de Castilla, llevando consigo la tranquilidad y el amor de la tierna heredera de Almazán.

Una mañana oyeron los habitantes del castillo el sonido de la corneta, y un movimiento repentino sucedió á la calma que hasta entonces habian gozado: cruzaron el patio y en varias direcciones los hombres de armas, y una voz pronunció estas palabras desde una de las torres: *es gente de paz*. Volvió á reinar la tranquilidad que la corneta habia interrumpido, y todos menos Rodrigo, conserge de la fortaleza, se retiraron.

En esto apareció á la salida del bosque un caballero armado de todas armas fatigado con su peso los hijares de un brioso corcel. Era un hombre como de cuarenta años, enjuto de carnes, un tanto encorvado hácia adelante, y llevaba las armas como á su pesar. Cuando llegó cerca del foso, su escudero tocó tres veces la corneta, á cuya señal contestó el soldado de la atalaya, y adelantándose Rodrigo le señaló la entrada hasta el patio. Allí desmontó el caballero, y su criado se acercó al conserge significándole que su señor estaba impaciente por recibir homenaje á la bella castellana.

Miróle de alto á bajo Rodrigo, y le preguntó.

— « Cuál es el nombre de tu señor, ó qué título lleva entre los nobles? »

— « El caballero de la Torre, dijo el escudero.

Atravesó Rodrigo el patio, y anunció á las damas la llegada del guerrero.

— « No tengo noticia de que ningun caballero aragonés lleve ese nombre, dijo Doña María.

— « Será tal vez castellano, ó alguno de los caballeros de la *Banda*, repuso Blanca.

— « Sea quien fuere, añadió su madre, aquí encontrará hospitalidad. Que entre el caballero de la Torre, y sea bien llegado á los estados de Almazán.

Salió el conserge y se presentó el campeón: Blanca pensó morir de espanto al reconocer á D. Juan el Tuerto;

pero Doña María conservó bastante serenidad para ofrecerle que descansase.

— « No dejaré mis armas, ni entregaré mis miembros al reposo, dijo el infante, en tanto que no me digáis sobre un asunto que á ambos nos interesa, y acerca del cual debe decidir mi hermosa prima.

— « Decid, D. Juan, lo que os plazca, contestó Doña María.

— « Mucho me han ponderado la hermosura de Blanca los paladines que han pasado por estos contornos; pero confieso que anduvieron cortos en demasia, pues su belleza eclipsa... »

— « Me habeis dicho que el negocio que aquí os trae debe interesarme... »

— « Con efecto, señora; ya es preciso que sepáis que el rey de Castilla se prepara á despojaros de Almazán y Alcocer.

— « No lo creo, D. Juan; mas si así fuese, valor tengo y armas para defenderme.

— « ¿ Y qué harán dos débiles mujeres contra todo el poder del perdido Alfonso y contra el envilecido escuadrón de caballeros de la *Banda*? »

— « Infamais á esos guerreros, dijo Blanca; pero sabed que son valientes y generosos: paladín hay entre ellos que aun no ha ceñido la banda, y sin embargo romperá la mejor lanza en mi defensa.

— « ¡ Será tal vez el de Vendeña!... No, que ya pertenece á la orden detestable... Blanca ¿quién es ese atrevido campeón? Dilo, dile al punto.

— « Don Juan, le interrumpió Doña María, acordaos que estais en presencia de las castellanias de Almazán.

— « Es pues preciso que yo salte la valla, y os diga sin rodeos que vengo á solicitar la mano de Blanca. Si accedeis á mis deseos, levantaré un ejército en esta frontera, y me haré fuerte en estos muros contra Alfonso y contra el mismo infierno. El señorio de Vizcaya unido á vuestros estados acrecentará nuestro poder, y... »

— « Nunca tan atrevido os creyera, D. Juan, respondió con altivez Doña María: pedis la mano de mi hija, como si fuera vuestra vasalla, y olvidais que el alvedrío de una dama es bastante poderoso para despreciar descortes ofertas y desiguales alianzas.

— « ¡ Desiguales!... Mi nobleza... »

— « No hay nobleza sin virtud.

— « Esto ya es demasiado, y mi orgullo no se baja á suplicar. Por última vez, prima mia; ¿aceptas mi mano? »

— « Don Juan, *no*, pronunció la doncella con resolución.

Mordió el infante desesperado la acerada manopla, exaló su rabia con un horrible juramento, y bajando precipitadamente al patio del castillo, volvió á montar en su corcel y se alejó á toda brida.

IV.

EL FIN DE UN BANQUETE REAL.

Dos meses despues de la entrevista de D. Juan el Tuerto con las nobles damas de Almazán, se celebró el famoso torneo de Valladolid en que el caballero negro salvó al rey la vida: algunos traidores disfrazados entre los mismos que justaban acometieron al rey en la liza, y este debió su salud á los acertados botes del desconocido y de los guerreros de la *Banda*. Reconocido á tan señalado servicio dispuso un banquete al cual fueron convidadas las principales damas de la corte y todos los nobles que se habian hallado en las justas; el infante D. Juan era de este número.

Grandes preparativos se habian hecho de órden del

rey para la fiesta; ilumináronse los salones de palacio; vistiéronse sus balcones y murallas de ricas colgeduras; y los primorosos sillones, las magníficas rinconeras y aparadores, los oficiales de servicio preciosamente alaviados, y las escogidas músicas repartidas en los diversos departamentos dieron bien á entender que jamas se había visto en Castilla tan suntuoso recreo, que nunca se había regalado un rey con tal boato.

Ocupaba la cabecera de la mesa sentada bajo un bellísimo dosel de azul y grana la hermosa heredera de Almazán, como reina que había sido del torneo, y tenía á su lado izquierdo á la infanta D. María su madre, y al derecho al rey. Seguían las damas y caballeros interpolados, distinguiéndose allí nombres ilustres, célebres bellezas y brillantes reputaciones guerreras, y todos celebraban en repetidos brindis la magnificencia de Alfonso y la buena suerte de sus empresas.

Concluido el banquete levantóse el rey con una copa de oro en la mano; todos imitaron su acción, y guardaron silencio.

— « Hermosas damas, valientes caballeros, brindad con migo á la buena boda de la reina del torneo con el paladin de las armas negras.

— « ¡ Viva, viva! repitieron por todas partes; su nombre, que declare su nombre; ¡ viva!

— « ¡ Mi rival también! dijo en voz baja D. Juan el Tuerto.

— « Rey de Castilla, tiempo es de descubrirme, pues mis votos se han cumplido: V. A. no tiene ya enemigos, y yo voy á alcezar el único premio á que aspiraba mi corazón.

— « A mí me toca descubrirlos y premiarlos. Nada he hecho por vos hasta ahora, y vive Dios que es tiempo de no parecer ingrato. D. Luis de La — Cerda, primogénito de D. Alonso de La — Cerda el desheredado, ¿ qué merced pides al rey de Castilla?

— « La de morir en su servicio, contestó el guerrero, y un grito de admiración resonó por los salones al salir su nombre de la boca del rey.

Aquí no pudo contenerse el infante D. Juan, y viendo que doña María hablaba con particular complacencia al campeón, adelantóse hacia ella y le dijo.

— « Mirad, señora, que hay un duelo pendiente entre ese guerrero y mi persona; todavía no es esposa de mi hermosa prima.

— « ¿ Qué decis, D. Juan? preguntó el rey indignado.

— « Pido, respondió este, que V. A. revoque ese enlace que usurpa mis derechos.

— « ¡ Tus derechos, traidor! le gritó el de La — Cerda. Ven, ven á discutirlos, y á devolverme mi guante; el guante que te arrojé en el puente del Zadorra.

— « Ahora mismo, exclamó el Tuerto con furor; y desenvainando la espada se arrojó á D. Luis: este evitó el primer golpe, desnudó el acero, y en medio de la confusión y del desorden que produjo tan inesperada escena, acometió al infante con tal brio, que le llevó reculando hasta la puerta del salón: allí le alcanzó, y tirándole una furiosa estocada, le dijo: muere en paz. Cayó D. Juan, sus armas resonaron sobre el alfombrado pavimento, y salpicó con su sangre á su enemigo.

Tal fué el trágico fin de D. Juan el Tuerto, que aseguró para muchos años con su muerte la tranquilidad de Castilla. Pocos días después de este suceso se celebraron con gran aparato las bodas de doña Blanca de Almazán con el primogénito de los La — Cerdas.

EL BOTICARIO DE ZAMORA.

Ben Josef, el boticario de Zamora, es un hebreo algo mas que estafalaria por lo mal vestido y feo. Gaban en colores vario, de medio siglo trofeu, cubre encogiendo la falda, vasta colina en su espalda.

Tosca cuerda es su cintura, con la que á veces enreda barba entre toda y oscura, de áspera crin, no de seda. Sombrero de inmensa anchura, que mas parece una rueda de molino, graso y sucio, le guarece el occipucio.

Sus dedos, garfios agudos, ó mas bien, tenaces barras de tegumentos desnudos, no son dedos, sino garras. Ojos breves, no sañudos, con redondas antiparras que cabalgan en la cumbre de gariz de media azumbre.

Verás, si entras en su casa, las mas raras baratijas: muchas figuras de masa, eulcebras y logartijas; vegigas llenas de grasa de hipopótamo, sortijas con letras y con figuras las mas extrañas y oscuras.

Yerbas secas infinitas, espíritus, gomas, untos, raíces, piedras, pepitas, y cabellos de difuntos. De pulvos varias cajitas; de unguentos vastos conjuntos, y un cocodrilo en el techo, lleno lo interior de alrecho.

De este arsenal bien provisto saca lo que es necesario para su ejercicio misto de adivino y boticario, que él lo futuro ha previsto; da fuerza al octogenario; halla lo que se ha perdido, y á las doncellas marido.

Siempre gozoso y risueño sirve bien al que lo paga; cura al rico con empeño; con chistes al pobre balaga. Mas diz que escaso de sueño, solo y por la noche vaga desde el ocaso á la aurora por los muros de Zamora.

Y no embargante el asedio del adalid castellano, cuando pasa por enmedio de sus tropas, vuelve sano. Gracias á extraño remedio, sin duda puede el anciano librarse, dice la gente, del español diligente.

Mamud, alcaide en Zamora,
festivas bodas prepara
con una gallarda mora
de hermosura prenda rara.
Mas cuándo casarse ignora
porque su dicha acibara
temor que batalla incierta
su boda en sangre convierta.

Llama á Ben Josef un día,
y le dice: « Buen anciano,
sirveme de astuto espía
dentro el cerco castellano.
Qué noche saber querría
podré enlazar con mi mano
la de mi adorada prenda
sin que el español lo entienda. »

« Lo sabrás » dijo el hebreo:
vase, y pronto está de vuelta,
y responde: « A tu deseo
da esta noche brida suelta
porque tienen jubileo
los de Castilla, y absuelta
yace de ataque y fatiga
toda la gente enemiga. »--

« Toma este bolsón »-- le dice
triumfante Mamud, y ordena
que aquella noche felice
se disponga baile y cena;
que nada se economice

con tal motivo; y apenas
se hunde el sol, ya en la mezquita
Mamud de gozo palpita.

Mas cuando en alegre fiesta
Mamud su cariño esplaya,
seña de alarma funesta
da en la almena la atalaya.
Mamud á luchar se apresta;
con el susto se desmaya
la novia, corren armados
al muro los convidados.

Trábase dura contienda,
que mil muertes amenaza:
no hay moro que no defienda
con duro tesón la plaza.
Por mas que el cristiano emprenda
siempre el moro le rechaza;
y tanto el daño le aqueja
que el lance aburrido deja.

Quando la aurora amanece
tras la nocturna desgracia
colgado en alto aparece
la perla de la farmacia.
Si tal galardón merece,
si fue error, ó bien falacia
lo que infamó su memoria,
no nos lo dice la historia.

J. J. DE M.



ADVERTENCIA.

Con la entrega próxima del SEMANARIO
se repartirá á los señores suscritores la cu-

bierta, portada, é índice de materias con-
tenidas en el tomo II de la segunda serie com-
prensivo de todo el año de 1840.

